sobre una línea de ocho kilómetros, línea de la cual muchos puntos fueron fortificados bajo el fuego de los sitiadores. Entonces fué cuando se hizo necesario resistir á pecho descubierto á una serie de ataques, que la falta de tiempo y de los elementos necesarios á la elevación de tan vasta línea hacían imposibles aún. El ejército colocado en una situación horrible, sin dinero y sin municiones para una batalla común, sin fortificar la plaza, porque tenían la intención de retenerle en Querétaro, para hacerle sucumbir ahí y derrocar así al Imperio, no faltaba sino privarle de víveres para hacerle toda resistencia imposible. Con este objeto, el pérfido jefe de Estado Mayor no almacenó provisión de boca alguna, aunque las ricas haciendas de los alrededores de Querétaro estuviesen llenas de grano, del cual se aprovecharon los republicanos para sitiar la plaza con mayor comodidad. Asi es como el espíritu de venganza y de traición preparaba el golpe de muerte. Nos reservamos para más tarde dar las pruebas auténticas de todo cuanto hemos dicho. (1)

(1) Véase el Capítulo XVIII.

IX

Márquez asegura que el ejército imperial tomará la iniciativa contra los republicanos.—Bajo este pretexto evita preparar la defensa.—La opinión de los otros generales estaba de acuerdo con sus resoluciones.—Se decide tomar la ofensiva; pero el general Márquez se opone.—Ventajas obtenidas por la traición.—Miramón ataca á Márquez con motivo del estado en que había puesto al ejército imperial.—Márquez no puede defenderse.—Fundamentos de la opinión de Miramón.

Márquez había aconsejado á Maximiliano abandonar á México para tomar la ofensiva contra las tropas republicanas. En su carta al jefe del ministerio, que ya hemos citado, decia sobre este punto: "El general Méndez, con cerca de 5,000 hombres tan aguerridos como famosos, ha llegado hoy á Celaya, y estará mañana en el cuartel general. Con ese ejército y los otros cuerpos que deben reunirse ahí, compondremos una fuerza á la cual el enemigo no podrá resistir. Quiera Dios cegarle hasta el punto de que nos haga frente. Podremos entonces, como de costumbre, darle una buena lección; pero aún en el caso de que no quisiese esperarnos, combinaremos nuestros movimientos de una manera conveniente para alcanzar el resultado deseado: la pacificación del país y la destrucción de sus enemigos."

Fundándose sobre la necesidad de emprender prontamente las operaciones contra los republicanos, el vengativo jefe del Estado Mayor no fortificaba á Querétaro, no acopiaba víveres, no hacía nada de lo que previenen las reglas del arte militar para preparar la defensa de una plaza, que va á sostener un sitio. Como Querétaro, á causa de su posición topográfica, no puede defenderse contra fuerzas respetables, dominada como está por cordilleras de montañas, excepto al oeste, por donde se eleva el pequeño cerro de las Campanas, frente al cual se extiende un pintoresco valle, y como Maximiliano y sus principales generales tenían la intención de salir de la plaza en busca del enemigo, no había observación alguna que hacer sobre esa falta de preparativos y sobre una defensa, que ni un simple cadete hubiera intentado hacer en una plaza tan desventajosamente situada como Querétaro. Ahí fué, sin embargo, adonde se encerró al Emperador y su pequeño ejército. Dado este nuevo paso en el camino de la venganza, fué resuelto, sin embargo, en una conferencia que tuvieron Maximiliano y sus generales, el día 22 de febrero de 1867, que el ejército imperial saldría de la plaza el 26 del mismo mes y tomaría la iniciativa contra los republicanos que se encontraban aún lejos de Querétaro, con el objeto de batirlos en detalle. Entonces fué cuando Márquez influyó secretamente en el Emperador para que esa salida no se efectuase, aunque había sido resuelta, y que no se pensara nunca en defender la plaza. Doce días

después del que había sido designado para que el ejército imperial tomase la iniciativa, es decir, el 6 de Marzo, las tropas republicanas se concentraban delante de Querétaro en número de 25,000 hombres. La venganza y la traición marchaban, pues, á pasos agigantados hacia su completo triunfo. El enemigo se había reunido, y el ejército imperial estaba al fin paralizado, sin preparativos de defensa, sin municiones para resistir un sitio, sin víveres, sin forrajes, sin dinero y sin fortificaciones.

Un consejo de guerra estuvo á punto de destruir las nuevas intrigas de Márquez, de que se hablará después. Miramón, que entonces, lo mismo que el Emperador y Arellano, sospechaba todo, menos la traición del jefe del Estado Mayor, censuró la conducta de este último, atribuyéndola á una inepcia incomprensible, y manifestando á Maximiliano que se había cometido una falta militar dejando á las tropas enemigas concentrarse alrededor de la ciudad. Márquez, reconociendo que se comprometía así el inmenso prestigio de que gozaba á los ojos del Emperador, y la alta idea que ese Soberano tenía de su experiencia de la guerra, perdió su sangre fría de costumbre, y, deseando combatir la opinión de Miramón, respondió en estos términos á Maximiliano:

"Señor, mi opinión está ya formada, pero creo conveniente hacer algunas explicaciones preliminares para rectificar la que acaba de emitirse. Ninguna falta se ha cometido aquí contra las reglas del arte, solamente cuando se ha querido ir á ata-

car al enemigo en detalle, no era ya posible hacerlo."

Habiendo Márquez acabado de hablar, Miramón tomó la palabra y dirigiéndose al Emperador, que presidía el consejo, refutó en estos términos el discurso del traidor: "Señor, dijo: haré á vuestra Majestad una declaración importante. El 22 del último mes, su Majestad nos hizo reunir, y entonces fué resuelto que saliésemos de Querétaro el 26 del mismo mes, con el objeto de combatir al enemigo parcialmente. Nada se hizo por razones que ignoro, pero el resultado inmediato de esta inercia ha sido que las tropas disidentes se han concentrado al frente de nosotros. Ha habido, pues, una falta cometida contra las reglas del arte militar." (1)

Miramón tenía razón. Del 26 de febrero, dia fijado para la salida del ejército imperial, al 6 de marzo, momento en que este ejército se vió al frente del republicano, se habían pasado doce dias en la inacción. Ese tiempo hubiera sido más que suficiente para tomar la iniciativa, pues entonces las lineas de operaciones del enemigo, que tenían á Querétaro por objetivo, ofrecían un desarrollo de cerca de cincuenta leguas. Ante la réplica de una de las futuras víctimas que atribuían su trai-

(1) Las palabras de Márquez y las de Miramón, que hemos reproducido, están tomadas textualmente del acta del consejo de guerra que tuvo efecto el 10 de marzo de 1867, y firmada por el Emperador Maximiliano, Miramón, Márquez, Mejía, Vidaurri, Escobar, Castillo, Méndez y Arellano.

ción á la inepcia, Márquez no tuvo una sola palabra que contestar, pero le bastó comprender que nadie sospechaba aún el móvil de su conducta.

A pesar de la evidencia que comienzan á presentar los hechos, pronto nos será fácil ministrar pruebas más palpables aún de la oposición que el terrible jefe del Estado Mayor puso en obra para impedir el ataque de los republicanos por el pequeño ejército del Emperador.

Sin embargo, el velo con que se quería cubrir la infamia, está rasgado en gran parte; vamos á concluir nuestra obra, aunque la relación que nos queda por hacer, excite el horror del más indiferente de nuestros lectores.

X

Para consumar su traición, Márquez aconseja una retirada.—Imposibilidad de ese movimiento.—La derrota del ejército imperial en caso de retirada era completa.—Maximiliano rehusa seguir el consejo de Márquez y cita un consejo de guerra, que opina por la ofensiva y rechaza la idea de una retirada.—La opinión que el general Márquez sostenía en público era diferente á la que exponía secretamente al Emperador.

Maximiliano y sus tropas se encontraban sin medios de defensa, en presencia de un enemigo tres veces superior en número. El ejército republicano tenía además á su disposición todos

los recursos del país, que, con excepción de las ciudades de México, Puebla y Veracruz, ocupaba enteramente. El día, pues, había llegado para que la traición consumase su obra, haciendo sucumbir vergonzosamente á Maximiliano y su ejército, en una fuga sin combate, y privándoles aún de la gloria militar que debían obtener luchando heroicamente para salir de la situación en la que se les había sumido con todo designio y por venganza.

Nada convenía más para alcanzar ese resultado, sino aconsejar á Maximiliano que se retirase á la capital, es decir, abandonar á un ejército superior en número, y sin quemar un solo cartucho, la débil plaza, en la cual, gracias á esfuerzos extraordinarios de valor y de inteligencia, se podía aún intentar una defensa heróica.

Por otro lado, el mexicano, á quien se hace soldado por la fuerza, cuando es necesario reclutar ó aumentar el ejército, por su naturaleza, es capaz de todo, excepto á batirse en retirada, operación militar de las más difíciles, y que no puede emprenderse sino después de una larga práctica, con una instrucción completa y obedeciendo á una severa disciplina. El soldado mexicano vale por diez, cuando se trata de tomar la ofensiva ó de defender una plaza; pero no es lo mismo cuando se trata de quedarse á la defensiva ó de combatir á campo abierto. Miramón, el primer general del país, poseía el secreto de aumentar el valor de sus tropas, pero á condición de tomar atrevidamente la ofensiva, conforme á su carác-

ter. Así es que, siempre, con dos ó tres mil hombres batió á doce ó quince mil enemigos. Solamente que cuando este mismo general ha visto fallar sus combinaciones militares por la impericia de los que debían secundarlas, es raro el que no haya sido derrotado por sus adversarios que le han alcanzado durante su retirada. De los tres desastres que tuvo en su brillante carrera militar, dos, el de Silao y el de San Jacinto, tuvieron lugar durante una retirada; el brillante éxito que obtuvo en Zacatecas algunos días antes, no pudo ni aun atenuar los efectos de la última de esas derrotas. Márquez aconsejaba á Maximiliano abandonar á Querétaro el 10 de marzo, cuando ya los republicanos habían operado su circunvalación de la plaza, hacía cinco días. Sabía que el ejército de estos últimos era tres veces más numeroso que el de los imperiales, y que, entre otras ventajas, contaba con 8,000 caballos. Estaba persuadido, merced á su larga experiencia, que sus tropas serían derrotadas antes de que pudiesen formarse en columna fuera de la plaza, á causa del espacio de tiempo necesario para hacer salir 9,000 hombres y más de 100 carros de útiles y artillería. Márquez sabía todo eso y, sin embargo, invitaba á Maximiliano para que diese un paso más hacia el abismo.

El cálculo del traidor era tanto más justo, cuanto que la desventajosa posición de Querétaro y la situación del enemigo obligaban al ejército á retirarse ó por el planío que está al oeste de la ciudad, ó por las montañas que se elevan en las

otras direcciones. En el primer caso, la numerosa caballería republicana bastaba para acabar con el ejército imperial; en el segundo, la infantería enemiga ocupaba posiciones ventajosas para derrotarle completamente. De todos modos, suponiendo que las tropas de Maximiliano hubiesen podido salir de la plaza y aún perderla de vista, como tenian que recorrer una distancia de sesenta leguas, siguiendo el camino real que va serpenteando en medio de un terreno muy quebrado, la caballería republicana, dirigiéndose por las cuerdas de los arcos del camino de retirada, se hubiera encontrado siempre en posición de atacar, en un momento dado, en un punto señalado, combinando su acción con la de las tropas que hubieran perseguido á los imperiales por la retaguardia. La derrota era, pues, el único resultado que podían producir los consejos del hombre que habia criado, con tanto esmero, una situación tan difícil. Por fortuna el Emperador, que siempre acogía favorablemente las opiniones de Márquez, titubeó ante la idea de sucumbir sin gloria, empañando el brillo de su nombre, y rehusó retirarse. Por primera vez reunió un consejo de guerra con el objeto de decidir lo que convenía hacer, en la situación en que se encontraba el ejército imperial frente al republicano. La mayoría de los generales decidió que debía esperarse dos dias hasta que llegase el general Olvera, que debía venir de las sierras vecinas á Querétaro, al frente de algunas fuerzas. Después se tomaría la ofensiva contra el enemigo. Esto

consta en el acta de la discusión, la cual terminó con estas palabras de Maximiliano: "La mayoría de esta reunión está de acuerdo para atacar al enemigo, y es precisamente la opinión que he expresado al general Miramón un cuarto de hora antes de que nos encontrásemos aquí. Sólo no estamos acordes sobre los medios que deben emplearse para tomar la ofensiva. Voy á emitir una opinión contraria, hasta cierto punto, á la que han manifestado los generales Mejía y Méndez. Hay ciertos momentos, como los actuales, en que la suerte de los imperios debe dejarse al azar de una batalla. Triunfaremos seguramente, pero aún cuando sucumbiésemos, sería con honor. Por otra parte, un simple movimiento de nuestro lado, que indique nuestra iniciativa, bajará la moral del enemigo y le hará comprender que en torno mío están los mejores generales del país" (1).

Esta opinión de Maximiliano, franca y llena de buen sentido, era la única que pudo salvar al ejército de la ruina á que caminaba. Sin embargo, el influjo de Márquez era aún superior á todo; el traidor, jefe del Estado Mayor, tenía la astucia suficiente para no comprometerse delante de los demás generales, cuando se discutían hechos de esa naturaleza. En su presencia, opinaba con la mayoría, seguro como estaba de que todo cuanto ella resolviese, sería aniquilado por el influjo secreto que ejercía en la mente de Maximiliano Por eso nunca se consiguió tomar la iniciativa, á pesar de

(1) Acta del consejo de guerra del 10 de marzo.

la convicción del Emperador y de las resoluciones de sus generales; por eso Maximiliano dió orden á los jefes de infantería, caballería, artillería y al del Estado Mayor, que reemplazó á Márquez, de consignar en el informe que le dirigieron el 14 de mayo sobre el estado de la plaza, que los consejos de ese traidor habían sido funestos desde su llegada á Querétaro, y que él fué el que en el momento en que los republicanos tomaron la ofensiva, se opuso con persistencia á que fueran atacados por el ejército imperial.

Más adelante se encontrarán las pruebas auténticas de todo esto (1). Por ahora baste saber que el plan de venganza concebido por Márquez quedó momentáneamente burlado. No pudo obtener que Maximiliano y su ejército sucumbiesen sin gloria en una retirada imposible, desastrosa y cobarde. Esta circunstancia le obligó á combinar nuevas infamias para lograr su objeto.

(1) Véase el Capítulo XVII.

XI

Astucia con la cual traicionaba Márquez.—Aconseja al Emperador establecerse en uno de los puntos más peligrosos de la línea de defensa.—Paralelo entre la traición de Márquez y la de López.—Facilidades que tenía el primero para traicionar.—Márquez se opone á que el convento de la Cruz se fortifique bien.—Terrible combinación formada por él para hacer que la plaza cayese en poder de los republicanos en el momento en que la atacaron.—Certidumbre que tenía del éxito de su plan.—Extraña escena que pasó entre el Emperador y Márquez.—Miramón destruye el horrible plan de Márquez y salva la plaza el 14 de Marzo.—Pruebas de la existencia de ese plan de venganza.

No habiendo podido arrancar á Maximiliano la resolución de huir con sus tropas y exponerle así á ser derrotado en un cuarto de hora, Márquez buscó entonces un modo de alcanzar su objeto por medio de un nuevo plan tan horrible en su concepción como seguro en cuanto á sus resultados.

El Emperador y sus fieles servidores creían que Márquez era perfectamente leal. Les traicionaba, pues, con una impunidad segura, y desarrollando una astucia maravillosa. Además, nun-

ca se sirvió de medios vulgares. Obedeciendo á sus fatales inspiraciones, tocaba con tacto y á propósito los resortes de las pasiones de sus víctimas futuras ó de los hombres cuya cooperación le parecía necesaria. De esta manera, perdía á las unas y obligaba á los otros á servirle sin que conocieran ellos mismos que no eran sino sus instrumentos.

Ya era una falta establecer un cuartel general sobre uno de los puntos de la línea de defensa, como el cerro de las Campanas.

Es contrario á las reglas del arte que un simple general en jefe de un ejército se sitúe en los lugares más peligrosos. Ahora bien, en este caso, se trataba del hombre que, al mando militar, reunía el carácter de jefe del Estado, y esto en uno de esos momentos supremos en que su existencia estaba identificada á la del Imperio. Esta falta tomaba tales proporciones, que parecía un acto de verdadera locura. Pero Maximiliano no soñaba sino con la gloria, y viéndose rodeado de las notabilidades militares del país, cuyo valor era proverbial, se lanzaba al peligro con esa serenidad de que dió tantas pruebas al ejército. El traidor no tenía, pues, necesidad de atizar tan noble pasión para conducir á su víctima al abismo.

El proyecto de retirada una vez burlado, Márquez, en su elevada posición y en medio de su influjo, tenía mil expedientes á su disposición para hacer que Querétaro sucumbiese, sin recurrir á los medios torpes de que López se sirvió después. Le bastaba impedir que se le sospechase

de traición. Salir en persona para introducir en seguida al enemigo en la línea fortificada, es un medio bueno para vulgares miserables, mas no para los grandes malvados.

Por otro lado, Márquez traicionaba para saborear el placer de ver regada la sangre de Maximiliano y de Miramón que odiaba, y al mismo tiempo para satisfacer su frenética sed de venganza. Pedía dos víctimas; López no quiso sino un poco de oro. La diferencia de las dos traiciones proviene esencialmente del origen y de los fines que les fueron propios. Para comprar á Márquez, todas las riquezas del mundo hubieran sido insuficientes; lejos de eso, sacrificaba su carrera, su reputación militar, su fama de valiente capitán y sus esperanzas; es decir, el pasado y el porvenir. La recompensa de López no podía pasar de la dádiva de unos cuantos sacos de pesos, lo que se ofrece á todo hombre de su clase, sacado de la hez de la sociedad y elevado por la casualidad á un puesto inmerecido, aunque secundario (a). Tales son las causas por las cuales una y otra traición difieren tanto entre sí.

---

[a] Miguel López sirvió al Imperio desde que Maximiliano y Carlota pisaron tierra mexicana; pues que el escuadrón de la Guardia Imperial escoltó el coche que los traía, de Veracruz á México, cabalgando á la derecha de ellos el coronel del cuerpo, que lo era aquél.

Desde ese día el coronel López fué el de todas las confianzas de Maximiliano. Las mejores pruebas son los hechos, y nadie ignora lo que hizo éste por aquél y lo que aquél hizo por éste. [*Nota de A. P.*]

Si el ejército imperial se quedaba en Querétaro, el momento llegaría en que sería atacado; entonces la voz del jefe del Estado Mayor tendría tal fuerza, que le bastaría una sola palabra para hacer sucumbir la plaza. El éxito parecía infalible y estuvo á punto de realizarse. Para obtenerlo era necesario comenzar trabajos preparatorios. El primero y más importante era persuadir al Emperador á que abandonase el punto más fuerte de la línea de defensa improvisada, que era el cerro de las Campanas, para fijarse en un punto más peligroso, cuya elección pudiese asegurarle el éxito del nuevo plan. Se trataría después de entregarle á los republicanos. Con este objeto, el hombre que dirigía la guerra, inspiró á Maximiliano la idea de cambiar su cuartel general de ese cerro, último punto tomado más tarde por el enemigo, después de la traición de López, para transportarlo al convento de la Cruz, situado en la extremidad oriental de la plaza, en la dirección en que el enemigo aglomeraba ya grandes masas, hacia el 12 de marzo. Maximiliano se cambió, en efecto, del uno al otro de los puntos indicados, en la mañana del 13. El convento de la Cruz, una de las llaves de la ciudad, no estaba convenientemente fortificado y apenas presentaba algunos trabajos de defensa, pues Márquez se los había encomendado á un oficial que no era del cuerpo de ingenieros. El menor de los defectos de la fortificación del convento de la Cruz, en vísperas del ataque del enemigo, era el de no ofrecer ningún trabajo de defensa frente al ejército de Escobedo, mientras que ya ofrecía algunos en el interior de la plaza. Establecido el cuartel general en la Cruz, fué preciso reconocer con cuidado la posición y ocuparse en abrir troneras en las paredes construidas del lado por donde debía tener efecto el ataque, ejecutando á la vez algunos otros trabajos pasajeros, pues estaba muy limitado el tiempo. Este reconocimiento fué hecho por Maximiliano, acompañado de Márquez, de Miramón y de Arellano. El extremo oriente de la plaza de la Cruz, que era la parte de la plaza más avanzada en dirección del campo de los republicanos, se termina por una especie de panteón que conduce á una capilla, que domina al gran jardín por el cual López debía introducir al enemigo en la madrugada del 15 de mayo. Este jardín está contiguo, por el lado más estrecho, al convento de que forma parte. No era necesario poseer grandes estudios militares, sino una ligera dosis de sentido común para comprender que el panteón debía ser ocupado y fortificado; pues sin eso, ocupándole el enemigo, los defensores del jardín debían ser dominados y batidos por la retaguardia.

Perdido el jardín, el enemigo entraría fácilmente en el convento y de ahí á la plaza. El panteón podía así volverse en manos de un asaltante de alguna resolución, no sólamente la llave de la posición, sino de la plaza misma. El Emperador, Miramón y Arellano fueron de opinión unánime sobre la necesidad de ponerle en estado de defensa. ¿Pero qué valía la opinión de Maximiliano, la

de los comandantes de la infantería y artillería ante la omnipotencia del jefe del Estado Mayor? Este se opuso con toda la energía de su carácter tenaz á que se hiciese lo que estorbaba parte de su plan. Les opuso razones que no existían, y el fatal panteón quedó sin defensa alguna, esperando á que el sitiador se dignase ocuparlo asaltándolo.

A las diez de la mañana del dia siguiente, es decir, el 14 de marzo, el ejército republicano rompió el fuego de su artillería sobre el convento de la Cruz y sobre las líneas del norte de la plaza, preparándose al asalto en esas direcciones. Las columnas republicanas no se hicieron esperar mucho, y media hora después comenzaban el ataque.

Desde que el cañón del enemigo se hizo oir, Miramón, ese genio militar que parecía dichoso en medio de las batallas, se presentó en el cuartel general para tomar las órdenes de Maximiliano, quien le dió carta blanca, fiándose en su inteligencia y su valor. El valiente general partió al punto, después de haber prevenido al Emperador que iba á establecerse al cerro de las Campanas, terreno magnífico de observación que le permitía trasportarse prontamente al punto donde su presencia se hiciese necesaria. El fuego pronto se hizo general sobre los dos frentes atacados del norte y del este. Maximiliano tranquilo y afable se paseaba en la plaza de la Cruz, en medio de una lluvia de balas y de proyectiles de artillería, conversando familiarmente con Márquez y Arellano. El general Miramón acababa de

partir para el cerro de las Campanas, cuando el ataque tomó proporciones considerables. Entonces pasó, entre Márquez y el Emperador, en la misma plaza de la Cruz, una escena que, en un momento semejante, pareció extraña, pero de naturaleza á hacer extremecer, cuando está uno convencido de la ferocidad del que fué héroe de ella.

De repente las lágrimas saltaron á los ojos de Márquez, la expresión de su cara demostraba una alegría falsa y repulsiva, más horrible aún por la contracción del carrillo izquierdo, adonde las señales de la herida recibida en Morelia estaban aún profundamente grabadas.

—¿Qué tiene Vmd., general?—le dijo el Emperador con voz suave y llena de afecto.

—Nada, señor—respondió Márquez;—sino que soy muy dichoso!

Maximiliano, ese soberano que desafiaba el peligro con tanta temeridad y que debía sonreirse al ver el suplicio, estaba dotado de una exquisita sensibilidad. Como toda alma grande y generosa, la emoción se apoderaba fácilmente de él. Atribuyendo á un sentimiento entusiasta de adhesión el secreto movimiento que acababa de traicionar el pensamiento del jefe del Estado Mayor, el Emperador dejó escapar lágrimas de gratitud, y, estrechando á Márquez entre sus brazos, le dijo, casi sin poder articular, estas palabras: "Tiene usted razón de estar contento, general; pues hoy es cuando salvaremos la independencia de nuestra hermosa patria." El desgraciado estrechaba sobre su corazón, en señal de paz, á su propio ase-

sino. En realidad, el traidor no había llorado sino de gozo, creyendo que su venganza iba á consumarse algunos instantes después. Sus sanguinarias pasiones comprimidas en el Oriente, durante dos años enteros, saboreaban como conquistado ya el triunfo de que tenían sed, y que más tarde debían, al fin, obtener. Hé aquí lo que pasaba:

El general Márquez estaba seguro de que los republicanos ocuparían el panteón de la Cruz tan pronto como se lanzasen al asalto; y que, como hemos demostrado, era posible, penetrarían fácilmente en la plaza. Esa no era aún sino una parte de su horrible combinación y aún la menos importante. Traicionar sólamente sobre uno de los frentes atacados, era subordinar el éxito del combate á varias eventualidades, mientras que el resultado era infalible, si se ofrecían dos ocasiones favorables á los asaltantes. Nada, pues, podía salvar la plaza, si la primera ocasión, preparada así, Márquez disponía la segunda para que se ofreciese por si sola en uno de esos momentos críticos que preceden á un asalto. Con este fin, había dado orden para que las tropas de la segunda división se replegasen hacia la Cruz, cuando llegase la oportunidad. Haremos notar que se había convenido en que las tropas de esta segunda división defendieran la parte principal del frente por el norte. Fueron allí situadas por el general Miramón tan luego como notó en el campo republicano movimiento que indicaba un ataque próximo.

Así podrían haber tenido efecto desde entonces las tristes escenas que pasaron el 15 de mayo, cuando el traidor López introdujo al enemigo en el centro de la plaza. Efectivamente, el panteón fué tomado al principio de la acción, como debía esperarse, y la infantería que ocupaba el jardín fué derrotada por los republicanos que se mantuvieron allí por largo tiempo. El valor de los soldados imperiales y la circunstancia providencial que impidió la entrada de los asaltantes por el frente del norte, que iba á abandonar la división de Castillo, salvaron únicamente la plaza. Sin embargo, el panteón, una vez tomado, y la línea del norte abandonada, como debía serlo, según la orden de Márquez, los asaltantes, sin esfuerzo alguno y marchando únicamente adelante hacia el centro de la plaza, la hubieran al punto ocupado con 12 ó 15,000 hombres.

En ese caso, las tropas imperiales que se encontraban en el convento y en la plaza de la Cruz, hubieran quedado aisladas y hubieran sido atacadas por todos lados á un tiempo. Miramón, que se encontraba al oeste, es decir, al lado opuesto sobre el cerro de las Campanas, con una batería y un puñado de hombres, habría sido atacado por la retaguardia, y la caballería situada al sur, fuera de la plaza, en el llano que se extiende al pie del Cimatario, no pudiendo cargar, se hubiera probablemente retirado hacia México, en el momento de la rendición de los dos únicos puntos que quedaban en poder de las tropas imperiales. Ahora bien, esa rendición no se hubiera hecho esperar sino algunos minutos.

¿Cómo pudo fallar ese plan infame tan bien combinado y ejecutado tan á tiempo? Porque el general Miramón, al presentarse en el convento de la Cruz, para recibir las órdenes de Maximiliano, supo que Márquez había dado la orden fatal; y sin hacer observaciones, corrió á la linea del norte que Castillo abandonaba ya. Al llegar á ella, mandó á este general se quedara en su primera posición, sin hacer caso de lo que Márquez le hubiese mandado hacer. El traidor, jefe del Estado Mayor, en el momento en que derramaba lágrimas de gozo, en el que saboreaba la venganza que creía completa, ignoraba que Miramón acababa de coartar los efectos y hacer fallar por aquella vez sus horribles designios.

Para que la execración universal persiga al infame; para que los hombres lancen sobre él el anatema y el desprecio, basta apoyar con documentos públicos y oficiales, la certeza de la existencia de la combinación que acabamos de exponer, y que estaba basada simplemente sobre estos dos hechos: abandonar sin defensa el panteón del convento de la Cruz y retirar la segunda división de la línea del norte, al principio del ataque. En lo concerniente al primero de estos hechos, los dos ejércitos, imperial y republicano, han sido testigos de él; en cuanto al segundo, está comprobado en el informe de Miramón al Emperador sobre la defensa de Querétaro, informe escrito el 14 de marzo de 1867. Hé aquí los párrafos de este notable documento que tienen relación con él:

"Apenas acababa el cuerpo bajo mis órdenes de hacer el cambio de frente que había indicado, cuando el fuego de la artillería enemiga, dirigido sobre la Cruz, anunció el principio del ataque. Sin pérdida de tiempo, me dirigí entonces hacia el cuartel general para tener la honra de recibir las órdenes de su Majestad. *Entonces supe que el general, jefe del Estado Mayor, había ordenado que la segunda división se replegase sobre el convento de la Cruz.*

"La actitud del enemigo, ya concentrado á las diez de la mañana, al norte y al oriente de la ciudad, me obligó á volver al cerro de las Campanas, lo que hice, pasando por la línea que ocupaba la segunda división. Al llegar á esa línea, comprendí *que si el movimiento de retirada sobre la Cruz se efectuaba conforme á la orden dada por el jefe del Estado Mayor, el enemigo entraría al punto en la plaza; y, en consecuencia, previne al general Castillo que permaneciese con su división en los puntos que ocupaba, hasta el momento en que le diera nuevas órdenes.*"

Después, contando los servicios hechos por la segunda división, y apoyándose en los hechos principales, contenidos en el informe de Castillo, Miramón añade esto:

"Como á las diez y media de la mañana el enemigo cargó con brío en varias columnas las brigadas de los generales don Silverio Ramírez y don Pedro Valdés; en ese momento la situación de las tropas era bastante difícil, según me dijo el general Castillo; la línea que cubrían había si-

do abandonada con motivo de la retirada sobre el fuerte de la Cruz, hecha por una orden emanada del Estado Mayor General. Sin la actividad que desplegaron los dos generales que acabo de nombrar, para ocupar nuevamente la línea, el enemigo hubiera penetrado en ella, pues una de las columnas llegó hasta haberse apoderado de uno de los parapetos, adonde fué hecha prisionera por el 7º de línea." (1)

Tales fueron las circunstancias extraordinarias que retardaron por dos meses más la venganza de Márquez.

La traición tomaba nueva energía con esas mismas contrariedades. Burlado el primer plan, su autor no desmayó, sino que, por el contrario, se ocupó con más empeño en lograr sus fines.

---

(1) Márquez se guardó bien de publicar ese informe en Querétaro; pero Maximiliano lo envió por casualidad á México, adonde se publicó en el núm. 37 del diario *La Unión*, el 30 de Marzo de 1867.

XII

Plan que se formó para atacar á los republicanos el 17 de Marzo.—Combinación de Márquez para frustrarlo.—Engañado el Emperador ordena á Miramón que suspenda el ataque.—Profundo despecho de Miramón.—Falsedad de la causa sobre la cual se fundaron para hacer suspender el ataque.—Méndez cooperaba, sin saberlo, al triunfo de la traición de Márquez.—Causas de esta conducta.

Habiendo sido rechazado el ejército republicano en su formidable ataque del 14 de marzo, y el consejo de guerra del día 10 habiendo decidido que el ejército imperial tomaría la iniciativa, después de esperar dos dias la llegada del general Olvera, Miramón insistió mucho con Maximiliano para hacerle aceptar un plan de ataque decisivo. Logró vencer la enérgica oposición del jefe del Estado Mayor, así como el grande influjo que ejercía sobre el carácter del Emperador, y obtuvo la autorización necesaria para obrar.

La situación en que se encontraban los defensores de la plaza y los sitiadores, no podía ser más favorable para resolver la cuestión. Las tropas imperiales, llenas de entusiasmo y triunfantes el 14 de marzo, esperaban con ardor el momento que pondría fin á los sufrimientos del ejército.